

PASTORAL

DEL ILUSTRISIMO SEÑOR OBISPO

DE

POPAYAN,

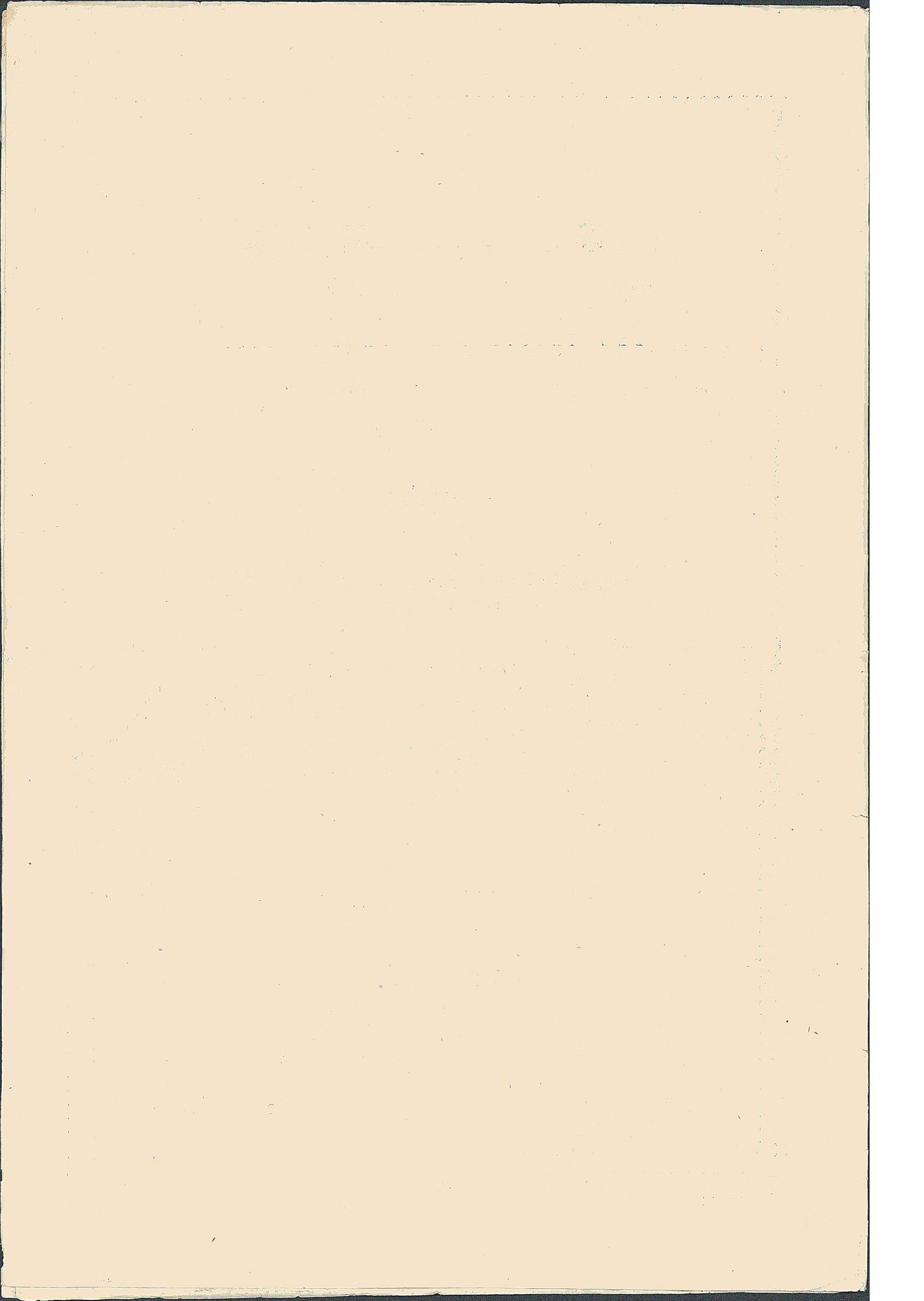
Sobre el conocimiento, práctica y defensa
de la religion.



1873.

IMPRESA DE LOS PRINCIPIOS.







NOS CARLOS BERMUDEZ,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DELA SANTA SEDE, OBISPO DE POPAYAN.

AL VENERABLE CLERO SECULAR Y REGULAR, Y A TODOS LOS FIELES DE NUESTRA DIOCESIS, SALUD Y BENDICION EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Qui dicit se nosse eum, et mandata ejus non custodit, mendax est, et in hoc veritas non est.

Ep. 1^a S. Joan. Cap. 2. v. 4.

Venerables Sacerdotes y amados hijos :

En medio de las multiplicadas atenciones de nuestro cargo pastoral resuenan siempre en nuestros oídos las solemnes palabras que, á nombre de la Iglesia, nos dirigió, el día de nuestra consagración, el Venerable Arzobispo de la Arquidiócesis, que practicaba aquella importante ceremonia : *Vade, praedica populo tibi commisso* : Encamínate al pueblo que se te ha confiado é instrúyelo con la predicación del Evangelio ; asegurándonos al mismo tiempo, que recibiríamos un aumento de gracia por la liberalidad del que vive y reina en los siglos de los siglos : *potens est enim Deus, ut augeat tibi gratiam suam qui vivit et regnat in saecula saeculorum*. No olvidamos, pues, el grave deber que se nos ha impuesto, ni nos desalienta la debilidad de nuestras fuerzas, contando firmemente con el auxilio de la gracia que se nos ha prometido, y quisiéramos predicar frecuentemente en todos los pueblos de nuestra Diócesis, atemorizado, además, por aquellas palabras del Señor que leemos en el Cap. 33 del profeta Ezequiel : " Por centinela te he puesto á la casa de Israel : oyendo, pues, la palabra de mi boca se la anunciarás á ellos de mi parte : si cuando yo diga al impío : morirás ; tú no le hablaras para que se aparte de su camino, ese impío morirá en su maldad, pero su sangre la demandaré de tu mano."

Sí ; prontos estamos á anunciar la palabra de Dios en todo tiempo, si bien no nos es dado hacerlo con la frecuencia que deseáramos, por impedirnoslo las demás obligaciones anexas á nuestro ministerio ; pero descansamos en la confianza de que nuestros amados cooperadores cumplirán con santo celo este mismo de-

ber, que también á ellos incumbe ; sin dejar de dirigiros nuestras instrucciones en las ocasiones y del modo que nos es posible.

Tál lo hacemos hoy, con motivo de la aproximación del santo tiempo de la cuaresma, y con el intento de exhortaros al cumplimiento de los divinos mandamientos, encerrados todos en la profesión sincera de la única verdadera religion, como que solo por ese medio podremos conseguir la felicidad para que fuimos creados.

Tan fácil es comprender que el hombre no puede obrar al acaso, y que sus acciones deben ajustarse á alguna regla para obtener por medio de ellas un fin determinado, que nos bastarán unas pocas reflexiones sobre la naturaleza del hombre y la dependencia en que se halla de su Criador, para que conozcáis vosotros la existencia de las reglas que se os han impuesto, y que debéis aplicaros esmeradamente á conocer, para ajustar á ellas vuestra conducta, y cimentar en ellas vuestras esperanzas.

Desde que por el simple uso de la razon venimos en conocimiento de que Dios nos ha dado la existencia, y que no ha podido darnosla sin proponerse algun fin, al que no podemos llegar por todos los caminos, no podemos cerrar los ojos á las manifestaciones de la voluntad de Dios, sea cual fuere el modo con que se nos hagan, sin hacernos indignos de su benevolencia.

Y esas manifestaciones nos han sido hechas por la revelacion, por las luces de nuestra inteligencia, y hasta por nuestros más naturales instintos.

Los libros santos al referirnos la más antigua de las historias, nos acreditan,

que siendo Dios infinito en sabiduría y en bondad, no sólo nos ha hecho lo que somos sino que revistiéndose de la humana naturaleza, nos procuró el inapreciable beneficio de la redención ; por lo que el Profeta de los salmos nos invita á que le tributemos, rendidos, vuestras alabanzas. Y en esos sagrados libros se encuentra un conjunto admirable y completo de doctrinas conducentes á nuestra salvación. Quienquiera, pues, que tenga noticia de la existencia de tales libros, se halla en el imprescindible deber de estudiarlos y conocerlos, con la precisa é indispensable condicion de sujetarse en todo á la interpretacion que les dé la autoridad, al efecto por ellos mismos establecida.

Y no es sólo la razon reflexiva la que á ese punto nos conduce. Bueno Dios hasta más allá de lo que el hombre pudiera atreverse á esperar, le formó para sí y nada dejó su sabiduría de procurarle para que se hiciese digno de su fin ; dotóle con el entendimiento para que conociese la verdad, y con la voluntad para que amase el bien, con la prerogativa de poder perfeccionar esas facultades por el ejercicio conveniente de ellas mismas ; y para no dejar su libertad sin una guía segura que la llevase por el camino de la perfeccion, depositó en el fondo de su sér los principios ó nociones fundamentales de todo conocimiento natural y el gérmen de todas las virtudes ; de donde nace esa inclinacion al bien y esa aversion al mal, que siempre experimentamos, y que si el hábito del vicio llega á debilitar, nunca tiene el poder de extinguir : puede suceder que olvidados de nuestro último fin y tentados por el halago de los placeres

que las pasiones desordenadas nos brindan, queramos independizarnos de nuestro Criador, y romper el suave yugo que nos ha impuesto, clamando en nuestro interior: *Non serviam*; y que viles adadores, ensalzando nuestro desenfreno, pongan una venda á nuestros ojos para que no percibamos la enormidad de nuestros delitos; allí, al borde del abismo en que vamos á precipitarnos, un secreto pudor embarga nuestros pasos y una voz interna más alta que la de la mentira y la adulación nos grita que nos detengamos: es la voz de la verdad impresa en nuestro corazón que nos advierte que hemos traspasado los límites de nuestra libertad; es el sentimiento íntimo del deber que se opone al quebrantamiento de las leyes que se nos ha prescrito guardar. Léese en el libro de Job, que en el tiempo de las desgracias del Santo Patriarca, siempre se escapaba un criado en cada catástrofe para venir á anunciársela á su Señor; así también en los desórdenes de nuestra vida, en medio de las ruinas que nos ocasiona el pecado, cuando la inteligencia se ofusca y parece apagada, hay algo que sobrevive dentro de nosotros; algo que se encarga de advertirnos la miseria de nuestro estado y la fealdad de nuestra conducta que en él nos precipita; y ese algo, esa facultad ó sentimiento fiel que no nos abandona, es la conciencia que nos grita: *Sabe y entiende cuán malo y amargo es haber ofendido al Señor tu Dios*.

Aparte de eso, el hombre experimenta una inclinación natural á la felicidad, de tal modo activa y poderosa, que apoderándose de todas sus facultades, tanto espirituales como corporales, lo lleva por todas partes en busca de un objeto que la satisfaga, y ni los peligros la detienen ni la misma muerte la espanta, cegándolo á veces hasta hacerle abandonar los objetos más caros y entregarse á la disolución con absoluto desprecio de las leyes divinas y humanas; pero hé aquí que la felicidad huye siempre delante de él; que las escasas y mentidas alegrías que el mundo le ofrece, se desvanecen como el humo, dejando en su lugar penosas enfermedades, crueles disgustos, amargos desengaños y punzadores remordimientos. Estos hechos serían inexplicables sin la intervención directa de Dios que haya dispuesto para la eficacia de sus leyes impuestas al hombre, que éste no pueda ser feliz en la infracción de sus divinos mandamientos; ya sea para la conservación del orden que el pecado tiende á turbar; ya sea para compelernos, por efecto de su misericordia, á que abandonando los caminos de la iniquidad, volvamos á Él que es la fuente de la pura alegría, y de los inefables contentos; ya sea, en fin, para hacer resplandecer su justicia, castigando al pecador con los efectos de su mismo pecado, haciéndole sentir, según el lenguaje de la Escritura, el yugo pesado que oprime á los hijos de Adán.

Cuando David, que había experimentado en sí mismo las consecuencias del pecado y gustado los frutos de la inocencia y de la virtud, quiere darnos á conocer al hombre feliz, no hace consistir su felicidad en las grandezas humanas, que á las veces no sirven sino para formar grandes

pecadores; ni en la abundancia de los bienes de fortuna que por ser tan inferiores á la nobleza de nuestro corazón no pueden satisfacerlo; ni en los placeres de los sentidos que tanto anhelan los pecadores, porque según asegura el mismo real Profeta, solo hay quebranto y calamidad en los caminos de ellos, y son muchos los azotes con que son castigados (1); sino que la hace consistir en haber vivido en la inocencia, sujetando siempre su voluntad á la voluntad divina, ó en que cuando hubiere quebrantado sus divinas leyes, haya llorado sus extravíos, para conseguir por una conversión sincera que se le perdone, alcanzando del Supremo Juez que sus pecados no le sean imputados: *Beatus vir cui non imputavit Dominus peccatum*.

Y no se piense que por estar en el mundo mezclados los buenos y los malos, participando indistintamente de los bienes y los males que Dios reparte á sus criaturas, hayan de experimentar aun en esta vida la misma suerte. No; los malos no tienen de donde sacar alivio para sus penas: la falta de humildad les hace sentir todo el peso de sus humillaciones; faltos de sumisión á la voluntad divina, hallan demasiado duras las pruebas á que Dios los somete; impacientes, las enfermedades los abaten; no acostumbrados á la práctica del sacrificio voluntario, la pobreza los desespera; sin la virtud de la esperanza, que no brota sino con el abono de la fe, ni crece y se expande sino al influjo de la caridad, padecen como réprobos entregados á la impotencia de su desesperación; y así, bien podemos afirmar con toda la autoridad de la palabra de Dios en que nos apoyamos, que no hay paz para los impíos: *Non est pax impiis*. (2)

Que dé, por otra parte, mientras que la salud y la prosperidad les sonriéndola suelta á sus pasiones, con desprecio de los mandamientos de Dios y de la Iglesia; que se sobrepongan á las leyes, interpretándolas á su capricho; que atropellen la justicia y se burlen de la razón; que no amen sino el libertinaje, ni estudien otra ciencia que la del deleite; con todo eso, presto llegará la hora del desencanto y se les oirá lamentarse con las mismas palabras que el que sondea los mas ocultos pliegues del corazón humano, ha puesto en boca de ellos: (3) "Nos hemos cansado en el camino de la iniquidad y de la perdición, y hemos andado por caminos ásperos, y hemos ignorado el camino del Señor. ¿De qué nos aprovechó la soberbia ó qué nos ha traído la jactancia de las riquezas? Todas aquellas cosas pasaron como sombra, y como mensajero que va corriendo.". Decimos, pues, ó mas bien es el Señor el que lo dice y nó nosotros, " que no hay paz para los impíos."

No así los buenos, los verdaderos discípulos de Jesucristo: superiores á las exigencias del amor propio, fincan solo en Dios su amor y su confianza; seguros de complacerle por el cumplimiento de sus divinos mandamientos y los de la Santa Iglesia, el testimonio de sus buenas

obras referidas únicamente á la gloria de Dios, por sí solo es una fuente de alegría sólida, cierta, perpetua y plena: sólida, porque se funda en la Verdad eterna; cierta, porque la conciencia es incorruptible; perpetua, porque encerrada en lo mas íntimo de su ser, nadie puede arrebatársela; plena, en fin, porque ella sola basta para dar esa tranquilidad, ese sosiego, esa moderación, esa equanimidad, que distinguen á los justos, tanto en los días prósperos como en el tiempo de la adversidad. Sí; de la piedad emana el testimonio de la buena conciencia, que según San Pablo, es nuestra verdadera y sólida gloria: *Gloria nostra testimonium conscientiae nostrae*.

Pues bien, si la recta razón, nuestra propia experiencia y la palabra de Dios, nos persuaden de que hemos sido criados para gozar de una felicidad interminable, la cual no puede por lo mismo componerse de los goces efímeros que nos ofrece el mundo; que la consecución de esa felicidad está vinculada al cumplimiento de ciertas condiciones impuestas por el supremo Hacedor de todo cuanto existe; nada más racional ni más justo que aplicarnos con todo empeño á conocer cuál es la voluntad de Dios respecto de nosotros. Y ese conocimiento no se alcanza sin ocurrir á la religión, que no es otra cosa que una institución divina, destinada á unir á los hombres con Dios, como su último fin; por las luces sobrenaturales con que ilustra su inteligencia, por las leyes santas que impone á su voluntad y por los medios de santificación que les proporciona.

La religión nos da el conocimiento de lo que somos, de nuestro origen y nuestro destino, y al darnos este conocimiento, nos suministra los principios que deben guiarnos en todas nuestras investigaciones; verdades fundamentales sin cuyo concurso, las ciencias humanas, dirigidas únicamente por nuestra limitada razón, fluctúan en un mar de opiniones aventuradas, de sistemas encontrados, sin otro puerto para soltar el ancla, que el movedizo terreno de las hipótesis; y he aquí que todos los fenómenos de la naturaleza en el orden físico, intelectual y moral, explicados hipotéticamente, vienen á constituir la única ciencia del hombre á quien la fe religiosa no alumbró su camino, y esa ciencia á la que no acompaña una plena certidumbre, no puede merecer jamás el nombre de verdadera ciencia, como que no es otra cosa que un conjunto confuso, una mezcla de verdades y de errores, de que no puede provenir otra cosa, que incertidumbres é inconsecuencias: de ello nos han dejado tristísimos ejemplos los filósofos paganos, y aun muchos de los cristianos que han desconocido, en todo ó en parte, las enseñanzas de la religión. Pero aunque fuera posible sin peligro de error, entregarse al estudio de la Historia y de las demás ciencias humanas, y al cultivo de la literatura y de las artes liberales, todavía el estudio de la religión reclamaría el primer puesto en la atención de los hombres prudentes, como quiera que ella, y sólo ella, se ocupa de nuestros verdaderos intereses, de todo lo que concierne á la vida futura, á la verdadera vida.

No creemos, pues, que haya hombres

(1) Salmo 13 y 31.

(2) Isaf. Cap. 48. v. 22.

(3) Lib. de la Sab. Cap. 5.

que de buena fe sostengan que se puede prescindir de la religion sin gravísimos inconvenientes para la sociedad, y más aun para los individuos, y los que tal cosa sostienen, no podrán nunca justificar su conducta ante el tribunal de la sana razon; pero mucho más injustificable, más insensato, es prescindir de la religion para no conocerla, y enorgullecidos con su ignorancia, blasfemar contra una institucion acatada y seguida por los más grandes hombres, y de cuya santidad y divinidad dan testimonio millones de mártires.

Se entiende que cuando recomendamos el estudio de la religion, hablamos de la religion enseñada por los Patriarcas y los Profetas, y completada por Nuestro Señor Jesucristo, la religion católica, apostólica, romana, única verdadera religion, pues las sectas que aun se llaman cristianas, profesando muchos errores, han dejado de ser religion, como que el error lejos de unirnos á Dios nos aparta de Él; y así esas sectas por conservar una que otra verdad de las que el catolicismo profesa, apenas pueden considerarse como ramas cortadas del árbol frondoso de la Iglesia católica, destinadas á perecer por falta de sávia que las nutra y fecunde. Y, notémoslo de paso, los mismos enemigos de la Iglesia dan un espléndido testimonio de la verdad que ella encierra, cuando, por el celo que manifiesta en mantener la pureza de su doctrina, la llaman intolerante: sí, es intolerante con el crimen y la mentira, como el Sol es intolerante con las tinieblas; como Jesucristo, santidad humanada, es intolerante con el pecado, como la verdad es, y no puede dejar de ser intolerante con el error, porque de no serlo, se destruiría á sí misma. La verdad es una, y habiendo varias religiones que pretenden ser exclusivamente depositarias de la verdad, todas deben estar en el error, ménos una; y como la verdad y el error perpetuamente se contrarian, una sola de esas religiones debe luchar contra todas las demas, y ese solo hecho es la prueba más perentoria de que la que se halla sola en la lucha es la guardadora de la verdad. Y esto cabalmente se observa en el mundo: la Iglesia católica es calificada de intolerante y lo es en efecto, tratándose de doctrinas; las sectas se vanaglorian de ser tolerantes, pero lo son entre sí, á tiempo que se ensañan contra la Iglesia católica; ésta condena á todas las sectas, y todas las sectas levantan la mano contra ella, animadas del más encarnizado fanatismo.

Y no hay que esperar que los sectarios hagan justicia alguna vez al catolicismo, porque no lo conocen sino imperfectamente, sino que más bien lo aborrecerán siempre, porque sí se les alcanza que la doctrina católica condena hasta el pensamiento del crimen: los sectarios son aquellos hombres de quienes habla el apóstol San Pedro, "que blasfeman de lo que ignoran, de quienes dice que son fuentes sin agua y nieblas agitadas de torbellinos, para los cuales está reservada la oscuridad de las tinieblas... que prometen libertad, siendo ellos mismos esclavos de la corrupcion."

Son estos sectarios los que alucinados por el éxito aparente de sus tenebrosas maquinaciones, sueñan que sus deseos

están á punto de realizarse y proclaman con ufania, que la Iglesia Católica ha envejecido y que ha pasado su tiempo; pero si tal creen estos soñadores, si el cristianismo está destinado á perecer como todas las instituciones puramente humanas ¿cómo es que él se ha sostenido en pié despues de tantos siglos y al traves de las mas violentas persecuciones? Si ha pasado su tiempo y por lo mismo naturalmente va á desaparecer ¿por qué los francmasones hacen su principal asunto el perseguir encarnizadamente á la Iglesia? Si la doctrina católica carece ya de vigor ¿por qué luego que los sectarios han conseguido apoderarse de la direccion de casi todos los gobiernos del mundo, se esfuerzan tanto, por medio de ellos, en que se establezcan por todas partes escuelas en que la enseñanza sea obligatoria y laica, es decir, forzosamente atea y materialista? Si el poder de la idea ha desaparecido ¿para qué emplear la fuerza contra ella? El catolicismo agoniza! y se piden á la tiranía decretos para arrebatar á la Iglesia católica su libertad é independencia. El catolicismo está muerto! y por que los Obispos son los principalmente encargados de su defensa y se sabe muy bien que ellos, en cumplimiento de su deber, se dejarían despedazar ántes que consentir en la esclavitud de la Iglesia, sólo se piensa en proscribirlos y anonadarlos. ¿Por qué tanto desasosiego, tanta inquietud, tanto desvelo, tanto empeño, en premunirse contra una cosa que ya nada significa, contra una sombra pronta á desvanecerse? Para qué tanta fuerza contra tanta debilidad? Es que como decia Piron, el hombre no puede despojarse enteramente de su propia naturaleza, y los sectarios al aparentar su insolente desprecio por la Iglesia católica, están sintiendo á su pesar, que en esa institucion tantas veces secular, hay vida que es verdadera vida y hay fuerza que es poderosa fuerza.

Bien sabemos que cuando los pueblos manifiestan alguna desconfianza á los perseguidores de la Iglesia por sus ideas manifiestamente disociadoras, éstos intentan engañarlos, hablándoles de religion y de Dios; pero tambien sabemos y deben saberlo los pueblos, que para que un hombre pueda llamarse religioso en el sentido de la verdadera religion, que es la católica, no basta que crea en la existencia de Dios, pues esta creencia existia y existe aún entre los paganos, sino que es necesario que crea igualmente en la divinidad de Jesucristo, que reconozca la institucion divina de su Iglesia, que obedezca á su Vicario en la tierra y á los sucesores de sus apóstoles, que cumpla sus mandamientos y reciba sus sacramentos con las disposiciones de verdadero cristiano.

El hombre en cuanto se considera aisladamente, se halla en el deber de buscar para sí el bien; pero como miembro de la familia humana, está obligado igualmente á procurar el bien del género humano, y ya, por lo que hemos podido indicar en los estrechos limites de esta instruccion pastoral, no habreis dejado de comprender los peligros que amenazan á la sociedad con las corruptoras doctrinas que los enemigos de la religion se esfuerzan en esparcir; se trata de hacer despre-

ciable, para que caiga en el olvido, la doctrina salvadora de Nuestro Señor Jesucristo, para darnos en cambio, con ropaje moderno, los errores antiguos tantas veces confutados por nuestros mayores; y si no nos empeñamos en atajar el paso á esa impía propaganda, como las mismas causas producen siempre los mismos efectos, no tardaremos en ver realizarse entre nosotros las profanaciones de los templos, las blasfemias, los incendios, las matanzas, los espantosos desórdenes de que últimamente fué teatro la ciudad de Paris, por haber consentido en que se albergase en su seno el monstruo de la Internacional. Por fortuna aun es tiempo de conjurar los males que nos amenazan, y por tanto nos detendremos unos momentos más en indicarnos los medios de defensa que nos conviene emplear.

Nadie puede defenderse de un enemigo y mucho ménos vencerlo, si no conoce las fuerzas de que ese enemigo dispone y las armas que empleará en el ataque: interesa, pues, que sepamos quiénes son los enemigos de la Iglesia y cuáles los medios de que se sirven para atacarla. Quien no está con Cristo está contra Cristo: no hay medio: quien no está con la Iglesia está contra la Iglesia; y esta señal es tan clara, tan sencilla, que no hay astucia que pueda ocultarla á los ojos de los verdaderos fieles.

Los principales medios puestos en accion contra la Iglesia por sus implacables enemigos, son: el establecimiento de Logias, encargadas de la circulacion de las malas doctrinas, de la seduccion de las gentes ignorantes y de la elevacion de sus adeptos á todos los puestos públicos; la fundacion oficial ó privada de escuelas y colegios enteramente laicos, es decir, en que se prescindia de la enseñanza y prácticas religiosas, cuidando al efecto de ponerlos bajo la direccion de maestros protestantes, ó irreligiosos, ó impíos, ó por lo ménos indiferentes, si los hay; y el fomento de la prensa anticatólica principalmente en su manifestacion más pronta y eficaz por el periodismo.

A tales medios debemos oponer medios análogos aunque diferentes en su esencia y en el modo de ejercitarlos.

Á las sociedades secretas opondremos las sociedades católicas, que vigilantes, celosas, activas y prudentes, podrán neutralizar los esfuerzos de aquellas.

Respecto á los establecimientos de educacion os excitamos á recordar lo que, en cumplimiento de nuestro sagrado deber, dijimos y ordenamos en nuestra pastoral de 6 de octubre próximo pasado, insistiendo aquí en reprobar la conducta de los padres de familia católicos que bajo especiosos pretextos envian sus hijos á escuelas ó colegios en que no se enseña la verdadera religion ni se practica la piedad.

Réstanos hablar del periodismo anticatólico, contra el cual bastan y sobran las plumas de tantos hombres ilustrados que inspirados por su amor al Catolicismo y con un santo celo por la gloria de Dios, se han puesto en la gloriosa tarea de ilustrar á sus hermanos para que no caigan en los lazos de perdicion que el enemigo les tiende. Sí; contra los malos escritos, parto de la ignorancia y de la





